

FANTASÍAS EN EL CAJÓN

MAR GONZÁLEZ ALBERTO

Siempre habíamos sabido que mi abuela guardaba un secreto. No sabíamos lo que era, pero lo que había en el primer cajón era intocable. Así nos lo hizo saber a mi hermana y a mí desde nuestra más tierna infancia. No es que fuera severa con nosotros al contrario era una persona agradable y cariñosa, embutida siempre en ropas oscuras que la hacían parecer mayor de lo que era a nuestros ojos de niños. Jugábamos a piratas pensando que el contenido podría ser el mapa de un tesoro. Con los cojines formábamos una especie de isla y le cogíamos a mi madre una maceta de helechos y la plantábamos en el centro como si fuera una palmera. Yo hacía de John Silver El Largo uno de mis personajes favoritos de aquella época y por lo tanto el encargado de esconder el tesoro y mi hermana dos años menor que yo era la especialista en localizarlo con las pistas que yo le había dibujado en el supuesto mapa de la abuela.

A pesar de las advertencias hubo algunos intentos por nuestra parte de saber el contenido, pero siempre nos pillaban parecía haber un complot en contra nuestra pues lo único que conseguíamos era una semana de castigo sin ver la televisión y sin salir de nuestro cuarto. Eso ayudó a que comprendiéramos que aquello no se tocaba, pero a la vez estábamos más decididos a saber lo que había dentro. Habíamos formulado una nueva teoría. Creíamos que la abuela había tenido un novio que murió durante la guerra y que lo que guardaba con tanto celo era una foto suya. Así que cambiamos la isla por trincheras cogimos los palos de la escoba y el recogedor a modo de armas y formábamos la guerra en el salón. Por supuesto yo hacía el papel de valiente soldado que protagoniza algunas gestas importantes antes de caer abatido por el fuego enemigo mientras mi hermana era la dolorosa novia que contempla la foto después de haber recibido la noticia de su muerte. Este juego nos duró unos meses hasta que mi hermana pensó que había otra posibilidad. Quizás fueran cartas de nuestro abuelo ya fallecido de cuando estuvo en el servicio militar en Jaca. Yo me opuse a este juego, pero esta vez mi hermana impuso su criterio y a mí me tocó hacer el papel no deseado de novio. Paseábamos por el salón cogidos del brazo y manteníamos las supuestas conversaciones que habían mantenido nuestros abuelos. Volvimos a cambiar el decorado y esta vez los cojines se convirtieron en una estación de tren donde teníamos una dolorosa despedida. Yo manteniendo el tipo de que no pasaba nada y mi hermana prometiéndome esperarme los tres años que duraba la mili. Yo me cansé pronto de este juego y para darle a mi hermana otra alternativa le propuse la idea de que quizás fuera un testamento. Acogió la idea con agrado pues su fantasía no parecía tener límites en aquella época. Para ser sinceros ahora tampoco, continúa igual. Este guión nos resultó más complejo pues no sabíamos que personaje iba a ser el protagonista. Yo propuse al abuelo, pero mi hermana decía que no, que la abuela ya había estado tres años sola cuando la mili. Así que le colocamos a mi abuelo que era hijo único un hermano postizo y ya teníamos al tío de América. Ayudados por la bola del mundo

que teníamos en el cuarto elegimos como país Paraguay. Nos sonaba bien fonéticamente y nos pareció un país exótico amén de que tenía minas de esmeraldas.

Yo haría dos papeles, el del tío trabajando en la mina y el del abogado que lee el testamento. Mi hermana haría el rol de mi abuela cuando le dan la noticia de que es rica.

Volvimos a coger los cojines y apoyándolos contra la pared simulamos que era la mina y mientras yo trabajaba sin parar para conseguir más esmeraldas. Para ello le habíamos tomado prestado a nuestra madre el barreño de tender la ropa y las piedras con las que adornaba sus macetas. Cuando creí que ya tenía suficientes empecé a comprar casas y fincas y como nunca había tenido tiempo de casarme al morirme todo fue para mi hermano. Desmontamos la mina y con la mesa baja del salón y con los cojines a modo de silla procedí a la lectura del testamento. Mi hermana hizo una aparición estelar fruto de su histrionismo. Ataviada con ropas de mi abuela más parecía una dolorosa que una rica heredera. Su cara de felicidad fue genuina al comprender el enorme legado que le había correspondido, lo vivía como si todo fuera verdadero y no producto de nuestra imaginación.

Así pasamos los años de nuestra infancia de juego en juego y de rol en rol siempre acompañados por nuestros cojines para montar los escenarios. Ahora al mirar hacia atrás lo recuerdo con una gran nostalgia pues nuestra abuela sin pretenderlo azuzó nuestra imaginación de una forma que de otra forma no hubiéramos sido capaces de conseguir.

Ahora venimos los dos agarrados de la mano y tristes por el sepelio de la abuela, pero, a la vez, compenetrados en nuestras miradas y en nuestros pensamientos. Llegamos a casa y nos vamos directos al salón. Cómo siempre el sobre estaba en el primer cajón.